

A.C.N. DE P.

AÑO XXI

1 de junio de 1945

NUMERO 353

Asamblea regional en Bilbao INTERCAMBIO DE CONFERENCIANTES ACTUACION EN LOS CENTROS PARROQUIALES PROXIMA REUNION EN VITORIA

Otra vez se han reunido los Centros de las provincias vascongadas en Asamblea regional. Fué la primera de éstas en el presente curso la celebrada en San Sebastián el día 13 del pasado diciembre; ahora, el 27 de mayo, los Centros de San Sebastián, Vitoria y Bilbao han concurrido a la Casa de Ejercicios de Begoña, en esta última villa, para practicar un día de retiro espiritual y celebrar la segunda Asamblea, continuación y complemento de aquélla. La siguiente, Dios mediante, tendrá lugar en Vitoria en los comienzos del próximo curso.

Dirigió el retiro el sacerdote don Angel Suquia, desarrollando con plausible acierto el tema de la exaltación y desarrollo de los valores humanos de lealtad, veracidad, buena educación, etc., como básicos para el ejercicio de ciertas virtudes cristianas y para conseguir en favor de éstas y de sus titulares una alta estimación social, incluso en sectores no católicos. Terminado el retiro, y antes del almuerzo, tuvo lugar la Asamblea.

Concurrieron a todos los actos, de San Sebastián, el secretario del Centro, Santamaría, con los compañeros Hoyos, Imaz, Ferrando y Altuna, y de Vitoria, el subdelegado diocesano de Acción Católica, en funciones de consiliario del Centro, don Leonardo Urteaga, juntamente con Aguirre (secretario del Centro), Santos, Aguinaga y Vallejo; de Bilbao hubo también una nutrida concurrencia, con su secretario, Sánchez de Movellán.

Comenzada la reunión, bajo la presidencia de honor de don Leonardo Urteaga, dió cuenta Sánchez de Movellán de un telegrama recibido de nuestro querido Presidente, en el que le designaba para llevar su representación en la Asamblea, encareciendo la satisfacción que le había producido su anunciada celebración y expresando su sentimiento por no poder acudir personalmente a ella. Seguidamente Sánchez de Movellán señala el orden que ha de seguirse en la reunión, y los secretarios de los Centros exponen sucesivamente la labor desarrollada en los Círculos de Estudios y cuanto juzgan de conveniencia para la cooperación entre los tres Centros representados en el acto y el mayor fruto de las labores comunes. Intervienen a continuación don Leonardo Urteaga y varios propagandistas sobre distintos puntos. Así, Imaz explica detalladamente la forma en que los miembros del Centro donostiarra llevan a cabo la confección de fichas del ideario del Siglo de Oro español en ciertas materias;

Aguirre hace atinadas consideraciones sobre los contactos mantenidos por el Centro de Vitoria con elementos dirigentes de aquella ciudad; don Leonardo aconseja certeramente sobre el modo más eficaz de desarrollar los Centros un sistema de conferencias provinciales e interprovinciales; Sánchez de Movellán relata los trabajos que se efectúan en Vizcaya por algunas organizaciones en pro de las viviendas obreras y de protección a la mujer, y Gómez expone sus puntos de vista acerca de la enseñanza en relación con los padres de familia. Fruto de este cambio de impresiones, metódico y ordenado, fueron las conclusiones siguientes:

Primera. Se continuará por los tres Centros el trabajo antes aludido sobre el ideario español. Las fichas se harán por triplicado, de un solo modelo, mediante la labor personal de cada socio en un autor u obra determinados, distribuyéndose a cada Centro una de aquéllas, a fin de constituir en ellos sendos archivos, que estarán a disposición de todos los propagandistas.

Segunda. A partir del curso próximo habrá un intercambio de conferencias en los tres Centros, dándolas los mismos propagandistas que las hubieran preparado para el respectivo Círculo de Estudios y eligiéndose aquellas que mayor eficacia práctica pudieran ofrecer.

Tercera. Cada Centro hará propaganda oral en su provincia, en los Centros parroquiales de Acción Católica, según se ha venido practicando en este curso con notable éxito por el de San Sebastián; a tal fin se pondrán los Centros en relación con el Consejo territorial de Hombres de Acción Católica respectivo. Además habrá un intercambio regional de propagandistas para desarrollar ciertos temas ante públicos selectos.

Cuarta. Se acordó transmitir a la presidencia de la Asociación el deseo de los asambleístas de que, sin perjuicio de la Asamblea reglamentaria anual en Loyola, y como preparación de ella, se celebrara durante cada curso otra de secretarios en Madrid, con la holgura de tiempo suficiente para preparar a fondo los temas que luego habrían de llevarse a aquélla; y

Quinta. Se convino en celebrar la próxima reunión en Vitoria, según queda dicho, invitando a concurrir a los compañeros de Pamplona, para ir así robusteciendo y ampliando estas relaciones personales, tan beneficiosas y agradables.

Terminó la reunión acordándose enviar a nuestro queridísimo Presidente

ACTO INTIMO DE LOS PROPAGANDISTAS DE VALLADOLID EN HONOR DE LOS SEÑORES ALASTRUEY Y LLOMBART

Los miembros del Centro de Valladolid de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas se reunieron el pasado domingo para rendir entrañable y sencillo homenaje a su Consiliario, doctor don Gregorio Alastruey, y al catedrático de Medicina, doctor don Antonio Llobart. Don Gregorio Alastruey, una de las figuras más destacadas de la Teología en España, acaba de redactar la exposición sobre el Dogma de la Asunción de la Virgen, habiendo pronunciado en Madrid trascendentales conferencias en torno al tema. Además, en breve, su tratado de Mariología, reconocido por la crítica mundial, será redactado en lengua castellana. Don Antonio Llobart, ilustre catedrático de Medicina e incansable y meritisimo propagandista católico, marcha destinado a la Universidad de Valencia.

En el acto reinó el más auténtico compañerismo y la más rigurosa hermandad. Ofreció el homenaje en sentidas y justas palabras el secretario del Centro y fiscal de nuestra Audiencia, don Rafael Alonso Pérez-Hickman. El doctor Alastruey hizo votos por la prosperidad del Centro de Valladolid, al cual, dijo, seguiría vinculado con todo fervor. El doctor Llobart habló de las finalidades del Centro de Valladolid, en el que están representadas todas las actividades sociales, diciendo que continuaría en espíritu con los propagandistas vallisoletanos, de cuya convivencia entre ellos se llevaba el mejor recuerdo, ofreciendo su colaboración personal cuando ésta fuera necesaria.

Asistieron, con los homenajeados, don Rafael y don José María Alonso Pérez-Hickman, don Luis Huidobro, don Alfonso Pérez, don Antonio Gimeno, don Manuel Sánchez Belloso, don Angel Huarte, don Ramón Arán, don Felipe Pastor, don Ignacio Serrano, don Francisco J. Martín Abril, don Mariano Escudero, don Manuel Pascual Espinosa, don Mario Bellogin, don Miguel Sebastián, don Eduardo Zurro y don Mariano Gimeno.

una información del desarrollo de la misma y expresar al señor Obispo la filial adhesión de todos los concurrentes. Esto último se hizo en el acto, poniéndose al habla por teléfono con el palacio episcopal de Vitoria don Leonardo Urteaga Vallejo (que es médico de su ilustrísima en la enfermedad que éste padece) y el secretario del Centro de Bilbao. Por la tarde, sumamente complacidos de la grata estancia en Begoña, regresaron a su procedencia los miembros de San Sebastián y Vitoria.

IDEARIO DE BALMES SOBRE LA NACIONALIDAD ESPAÑOLA

(PATRIA, NACION, REGION)

PONENCIA DE DON GREGORIO SANTIAGO CASTIELLA EN EL CIRCULO DE ESTUDIOS DEL CENTRO DE MADRID

Don Fernando MARTIN-SANCHEZ JULIA: Como prólogo y preámbulo a lo que va a decir Gregorio Santiago Castiella quisiera recordaros a unos y notificaros a otros que ya allá por los años 25 al 30, en este mismo Círculo de Estudios, estudiamos en abstracto una serie de palabras de significación en la vida pública, como aristocracia, un curso; otro "autoridad" y hubo un Círculo de éstos dedicado a estudios de los conceptos de "Patria", nación y nacionalismo. Nos repartíamos cada uno un autor. Por ejemplo, empezamos por aristocracia, unos según Platón, otros según Santo Tomás; hasta los evangelistas adujeron en aquel Círculo de Estudios. El final de aquellos Círculos eran nuestros grandes pensadores del siglo XIX, y entre ellos jugó un papel la opinión de Balmes. Hoy escucharemos a Santiago Castiella las ideas de nación, patria, etc., en Balmes. Veréis qué interesante es.

HABLA EL SEÑOR SANTIAGO CASTIELLA

Las palabras previas de nuestro Presidente son, como suyas, muy acertadas. Yo asistí a esos Círculos que ha dicho Fernando.

Como asistí también al muy interesante estudio que se inició de los distintos Gobiernos que se formaron en España luego de la muerte de Fernando VII, tocándome tratar del de Martínez de la Rosa.

El tema que me corresponde hoy desarrollar dice así: "Ideario de Balmes sobre la nacionalidad española (Patria, Nación y Religión); añadiré un punto de gran interés, que sirve para completar los anteriores, y que no fué tratado, pues era ajeno a sus estudios, por ninguno de los compañeros que me precedieron: cómo debían de ser las relaciones internacionales de España a juicio del gran político vicense.

Y digo político, pues exclusivamente esta faceta de Balmes—que algunos comentaristas, absortos ante el apologeta o el filósofo, desconocen o desdeñan—es la que nos honraremos en exponer ante vosotros, la voz de un gran político que por desgracia para España no fué escuchada. No hace muchos días nuestro primer presidente, Angel Herrera Oria, dijo en Barcelona: "El pecado más grave cometido por la España del siglo XIX fué olvidar la doctrina y orientación de Balmes, el político más grande de aquel siglo y uno de los más grandes de todos los siglos."

Fué político, y político práctico que descendió desde la altura de los principios a la candente arena de los combates diarios, al menos desde que en 1840 publicó en Vich sus "Consideraciones políticas y económicas sobre los bienes del Clero", que su amigo Ristol dis-

tribuyó entre los diputados moderados, los cuales, luego de tratarse del tema en las sesiones del Congreso, encontraron muy superiores los argumentos empleados en defensa de la tesis por Balmes—desconocido presbítero provinciano a la sazón—que los suyos.

Patria

Por tanto, de este eximio hombre público vamos a ir exponiendo algunas afirmaciones trazadas todas con la nítida claridad que es característica en las palabras a quien previamente le tiene en las ideas. Comenzaremos por asentar algo que está en todos sus escritos políticos: el gran amor que sentía por su Patria, España, lo que reviste indudable interés para cuando más adelante vayamos a estudiar la forma en que él mismo se concilia con su también gran amor a la tierra catalana, que le vió nacer y donde transcurrió la mayor parte de su corta pero fecunda existencia. Leeremos a tal fin algunos textos; en los que se puede ver que no falta ni sobra ninguna palabra adecuada. El primero de ellos reviste singular interés, puesto que representa un comentario de la reciente guerra carlista, y destaca en él, como siempre en nuestro autor, una extraordinaria caridad al juzgar las faltas del prójimo, ya que en vez de atacar simplemente los abusos y excesos de uno y otro bando, lo que trata es de armonizarlos para una idéntica acción en beneficio patrio.

Demos a él lectura.

"Tampoco es verdad que desde 1808 la energía de los españoles haya amenguado hasta el punto que se quiere suponer. Reflexionando sobre la última guerra de los siete años, despojándose de todo espíritu de parcialidad, contemplando con los ojos de un extranjero la arena del combate, échase de ver que difícilmente se encontraría pueblo en el mundo que ofreciera por espacio de siete años y en número tan crecido las escenas de heroico valor, de inalterable fortaleza, de invicta constancia que se presenciaron entre nosotros. Olvidemos los actos de barbarie, inspirados por la sed de venganza y por la frenética exaltación de los partidos que atizaban a los combatientes; olvidemos aquellas catástrofes, cuya memoria pasará a la posteridad como negra mancha de nuestra historia; que, a pesar de semejantes crueldades, de que no está exenta ninguna guerra civil, descubriremos en los principales sucesos de la formidable lucha un fondo de valor, de hidalguía y heroísmo que recuerda los descendientes de los vencedores de Pavía y San Quintín.

Estos hechos no han pasado sin fruto a los ojos de Europa: ella ha tenido el bárbaro placer de contemplar la sangrienta arena sin tomar ninguna medida para restañar la sangre que corría

en abundancia, antes bien atizando a los combatientes; pero no lo dudemos: en medio de una aparente indiferencia, se ha conmovido. En Navarra, en Aragón, en Cataluña, ha conocido todavía a los hijos de la nación impertérrita, que sola, sin más recursos que su valor, arrastró impávida la colosal pujanza del capitán del siglo, que no dejó las armas hasta verle derribado de su solio. Así, por más que se nos haya motejado, ha conocido Europa lo arriesgado de una tentativa de invasión; y ni la Francia ni otra potencia cualquiera se atreverían a semejante paso en viendo no digamos una unión completa entre todos los españoles, sino tan sólo una mayoría algo respetable decidida a oponer resistencia."

Otros textos insertamos para confirmar con ejemplos, extraídos de sus propias obras, el ardiente patriotismo de quien, si nació durante una gloriosa guerra de independencia, no vivió de cerca, por lo general, más que motines, asonadas y revoluciones.

"Hay un gran pueblo entusiasta de la monarquía firmemente adherido a la religión de sus padres, amante del orden y de la justicia, sediento de paz y de estabilidad, enemigo de teorías, despreciador de los charlantes, amaestrado con larga y costosa experiencia; hay un país abundante de recursos; hay innumerables veneros de riqueza por explotar; hay muchas rentas por beneficiar; hay una situación topográfica que brinda a la independencia, y hay un carácter fiero y brioso para hacerla respetar. ¿Qué falta pues?" (Tomo XXIV, página 322.)

"Estamos seguros, abrigamos la más profunda convicción, de que el autor del indicado artículo (1) no ha creído degradar la dignidad española, no zaherir en lo más mínimo el carácter nacional; pero a nuestro parecer, lo ha hecho sin advertirlo, y esto basta para que nosotros nos juzguemos con derecho de rebatirle, o más bien que, en cierto modo, lo consideremos como un deber. Parecíanos ver a los extranjeros, a nuestros eternos e injustos detractores, devorar con avidez el indicado artículo, recorrerle una y otra vez con maligna sonrisa, y luego tomar en manos el número del periódico para ostentarlo en triunfo, para apoyar en una autoridad española y de un periódico respetable su dicho favorito de que Europa acabe en los Pirineos, de que sólo por equivocación pertenecemos a Europa, y a esta idea la sangre española hervía en nuestras venas y latía fuertemente en nuestro pecho el corazón español." (Tomo XXIII, pág. 249.)

En el primer número de "El Pensa-

(1) El de uno aparecido en un periódico madrileño, que juzgaba temerariamente nuestras relaciones con las jóvenes repúblicas hispanoamericanas.

miento de la Nación" vuelve a hacer reflexiones sobre el pensamiento político de España. Extraña que se crea que España no puede tenerlo. "¿Cómo puede no haberlo en un pueblo que ha luchado durante ocho siglos por su independencia, que ha reunido en una sola dirección elementos tan diversos, que ha conquistado un nuevo mundo, que ha hecho frente a toda Europa, que ha aspirado a la monarquía universal, que después de grandes desfallecimientos ha reaccionado tan virilmente contra Napoleón, asegurando su personalidad e independencia?" (Tomo II, pág. 240.)

En su famoso artículo "Dos escollos", de "El Pensamiento de la Nación", 4 junio 1845, dice:

"El error fundamental de los liberales ha consistido en querer introducir en España doctrinas y sistemas que estaban en abierta oposición con todo lo dominante, sin que hubiese precedido ninguna clase de disposiciones preparatorias. Este error lo ha pagado la nación con treinta años de convulsiones, trastornos y catástrofes.

En oposición a este error podría incurrirse en otro por parte de los hombres adictos a los principios religiosos y monárquicos, cual sería el de prescindir enteramente de las mudanzas sufridas por la España antigua en sus ideas, sentimientos, costumbres e intereses; por más superficiales que se supongan las huellas dejadas en España por la acción revolucionaria y el espíritu del siglo, no puede negarse que esas huellas existen, y en no pequeño número.

Quien haya de gobernar a España es necesario que a más de la España antigua, de la España religiosa y monárquica, de la España de las tradiciones, de los hábitos tranquilos, de las costumbres sencillas, de escasas necesidades, de un carácter peculiar que la distingue de las demás naciones de Europa, vea la España nueva con su incredulidad o su indiferencia, su afición a nuevas formas políticas, sus ideas, no diremos en oposición con nuestras tradiciones; su vivacidad y movimiento, sus costumbres importadas del extranjero, sus necesidades, hijas de un refinamiento de cultura; su amor a los placeres, su afán por el desarrollo de los intereses materiales, su prurito de imitar a las demás naciones, en particular a la Francia; su fuerte tendencia a una transformación completa que borre lo que resta del sello verdaderamente español y nos haga entrar en esa asimilación o fusión universal a que parece encaminarse el mundo.

Esta [España nueva] no constituye, por cierto, la mayoría de la nación, pero es su parte inquieta, que más se agita, que más suena en todos los negocios públicos; la que habla, la que escribe, la que viaja, la que tiene en sus manos mil medios para dar circulación a sus ideas, propagar sus pasiones, defender sus intereses; es la que ha ocupado todos los puestos y todas las avenidas del Poder, la que está en relaciones, en incesante contacto con el resto de Europa. Esta minoría, pues, si bien debe ser dirigida y en ciertos casos reprimida, nunca debe ser desatendida completamente, nunca se la debe desairar de tal modo que se la convierta en enemigo irreconciliable, nunca debe ser excluida de toda influencia, de tal suerte que no le quede más esperanza para abrirse paso que el camino de la violencia.

Pasó la época en que ciertas ideas

no tenían en España otro trabajo que dominar; de hoy en adelante están destinadas a combatir." (Tomo XXIX, páginas 11 a 27.)

Es decir, que Balmes se fija más en la división que por razón de ideologías dispares existe en España que en aquella otra—que él no admite—que pudiera derivarse de las diferencias regionales.

En apoyo de nuestra aseveración insertamos varios textos balmesianos que, bajo el epígrafe "La unidad española", publica en el tomo dedicado al gran vicescense en los "Breviarios del Pensamiento Español", número compuesto por nuestro querido compañero el profesor José Corts Grau, frecuente mentor en la preparación de este trabajo.

"Es falso que en España haya fuerzas excéntricas; lo que hay es lo que no puede menos de haber en todos los países agitados por la guerra civil y las revueltas políticas: unos cuantos hombres que toman en diferentes sentidos el nombre del pueblo y que se mancomunan para derribar a los gobernantes, siempre que éstos no se acomodan a todos sus intereses o caprichos. Es falso que haya verdadero provincialismo, pues ni los aragoneses, ni los valencianos, ni los catalanes recuerdan sus antiguos fueros, ni el pueblo sabe de qué se le habla cuando éstos se mencionan, si los mencionan alguna vez los eruditos aficionados a antiguallas. Hasta en las provincias del Norte no es cierto que el temor de perder los fueros causara el levantamiento y sostuviese la guerra; los que vieron las cosas de cerca saben muy bien que el grito dominante en Navarra y las provincias vascongadas era el mismo que resonaba en el Maestrazgo y en las montañas de Cataluña. Si alguien nos objetase el convenio de Vergara, el mágico efecto de la garantía de los fueros para terminar la guerra civil y otras cosas por este tenor, nada le replicaremos, porque creeríamos inútil entrar en discusiones para convencerle, supuesto que tiene la bienaventurada candidez de formar su opinión sobre los documentos oficiales, de una sola parte y los artículos de los periódicos que la defendían."

"... Cuando hay movimientos, cuando hay oposición al Gobierno, los hombres que figuran a la cabeza no son los amigos de las tradiciones locales, los hombres de arraigo en el país, las cabezas de las familias más señaladas por su nobleza y alcurnia, sino aventureros que o no tienen fortuna o que acaban de improvisarla." (Ob. cit., tomo XXV, p. 117.)

"Para poner a prueba la sinceridad de las demostraciones que siguieron a los acontecimientos de Aranjuez sobrevino la invasión francesa y la desaparición del rey. Quedó el pueblo español enteramente solo, abandonado a sí mismo, cara a cara con los ejércitos vencedores de Europa. Los reyes estaban manifestando imprevisión y debilidad; los tristes recuerdos de la reciente privanza de Godoy se ennegrecieron con las escenas de Bayona; el solio había quedado vacío, y los que debían ocuparlo no se mostraban ciertamente con aquella elevación de miras y grandeza de alma que los hiciera dignos de reinar. Nada había que pudiese interesar a los españoles en favor de determinadas personas; al contrario, todo era a propósito para inspirarles desvío con respecto a los augustos prisioneros; todo brindaba

con la mejor oportunidad para que si la monarquía hubiera sido en España una institución postiza o endeble, se despegase y se hiciera trizas, presentándose el provincialismo federal con su carácter propio y sus naturales tendencias. Pero no sucedió así: la nación fué más grande que sus reyes; sí, más grande, más generosa, porque a la nación también se le hicieron amenazas y las despreció; la nación vió venir sobre sí el hierro y el fuego, y los despreció; a la nación se le brindó con halagüeñas promesas, y las despreció; a la nación se le dijo: "Esa tenacidad te va a costar tu intranquilidad, tus tesoros, la sangre de tus hijos", y la nación respondió que más que su tranquilidad y sus tesoros y la sangre de sus hijos valía su independencia y su honor; a la nación se le dijo: "¿No ves cómo se portan tus reyes?", y la nación respondió que no veía al rey, sino la monarquía; que no miraba a las personas, sino a la institución..."

"... La aparición de innumerables juntas en todos los puntos del reino, lejos de indicar el espíritu de provincialismo, sirvió para manifestar más el arraigo de la unidad monárquica, porque pasados los primeros instantes, en que fué preciso que cada cual acudiera a su propia defensa del mejor modo que pudiese, se organizó y estableció la Junta central, prestándose dócilmente los pueblos a reconocerla y respetarla como Poder soberano..."

Y hay todavía por esta parte una singularidad más notable, cual es el que sin ponerse de acuerdo las diferentes provincias, ni siquiera haber tenido el tiempo de comunicarse, y separadas unas de otras por los ejércitos del usurpador, se levantó en todas una misma bandera. Ni en Cataluña, ni en Aragón, ni en Valencia, ni en Navarra, ni en las Provincias Vascongadas se alzó el grito en favor de los antiguos fueros. Independencia, Patria, Religión, Rey: he aquí los nombres que se vieron escritos en todos los manifiestos, en todas las proclamas, en todo linaje de alocuciones; he aquí los nombres que se invocaron en todas partes con admirable uniformidad." (Ob. cit., t. XXV, p. 109.)

Interesantísimo es, apostillamos, que Balmes, yendo más lejos que Menéndez y Pelayo, niega al levantamiento español carácter federativo.

"... Para mí, la fuerza del Poder público no es sinónimo de centralización omnímoda; cuando una institución o una costumbre se halla muy arraigada en una provincia, no debe ser tocada sino con mucho miramiento: trasladar a España la centralización francesa es un error inexcusable en hombres que debieran conocer lo que es la España, ya que se proponen gobernarla." (Ob. cit., t. XIII, p. 80.)

Diremos a tal respecto que precisamente han sido los liberales españoles, serviles imitadores de Francia, los verdaderos centralistas. Los que han seguido el pensamiento tradicional español han distinguido entre la unidad, inalienable, y la uniformidad, casi siempre injustificada.

Pasamos ahora a citar varios textos, que demuestran el juicio antitético formado por Balmes respecto a Cataluña y a Madrid:

Cataluña y Madrid

"La vida de España está en las extremidades; el centro está exánime, flaco, frío, poco menos que muerto. Cata-

luña, las provincias vascongadas, Galicia, varios puntos del Mediodía, os ofrecen un movimiento, una animación de que no participa el corazón de España. Londres es digna capital de la Gran Bretaña; París, de Francia; en la actividad, en la vida de que rebosan aquellas ciudades, veis las indispensables condiciones de la cabeza de un gran cuerpo. En Madrid y en todos sus alrededores, a larguísima distancia nada encontraréis semejante. Ni agricultura, ni industria, ni comercio; a la primera ojeada conoceréis que allí hay una corte, que allí se han amontonado inmensidad de empleados, con sus oficinas, su orgullo tradicional, su olvido del país que gobiernan; os convenceréis de que es una conquista sobre el desierto, como ha dicho un escritor ingenioso; pero que esa conquista, muy propia para lisonjear la vanidad, de nada sirve para fomentar la riqueza; os persuadiréis de que aquél es un centro sin vida, incapaz de dar impulso y dirección al movimiento de un gran pueblo, y de que, a pesar de todas las teorías, de todos los proyectos, es muy probable que si esperamos de allá la vivificación y fomento, tengamos que contentarnos con amontonar y archivar volúmenes de decretos, órdenes, instrucciones, circulares. "Lo que es papel, el Gobierno nos envía mucho", decía con admirable buen sentido un sencillito aldeano." (Ob. cit., t. XIII, página 83 y siguientes.)

"Hay en el oriente de España una provincia célebre por su gloriosa historia, temible por el valor, la intrepidez y la constancia de sus hijos, nombrada en todas épocas por la infatigable laboriosidad de sus habitantes. En brevisimo tiempo se han levantado como por encanto en su populosa capital cientos y cientos de establecimientos fabriles, se han puesto en circulación cuantiosos capitales; el resto del principado participa en el movimiento, y en el mediodía de Europa se ha presentado el singular fenómeno, tanto más notable cuanto más aislado, de una provincia industrial y floreciente semejante a las que admiran los viajeros en los países del Norte." (Tomo XIII, pág. 77.)

"... No se crean fácilmente los hábitos de trabajo que en Cataluña poseemos, no se improvisa una actividad como la que distingue al Principado. El catalán, avezado a continuas faenas, acostumbrado a ser esclavo de las tareas de su oficio desde el rayar del alba hasta horas después de entrada la noche, no concibe cómo puede vivirse de otro modo; no acierta a explicarse qué género de vida es ésa en que un hombre no tiene quizá de qué alimentarse ni vestirse, y, sin embargo, no piensa en mover sus brazos, capaces de producir todo cuanto necesita para ganar su subsistencia. Para el catalán pobre, pan es sinónimo de trabajo." (Ob. cit., t. XIII, página 80.)

Como contraste con Cataluña, dice de Madrid, además de lo ya citado:

"¿Qué significa en España Madrid? Sobre Burdeos y Lyon se levanta París como gigante entre pigmeos. ¿Le sucede lo mismo a Madrid con respecto a Sevilla y Barcelona? Sin mar, sin un río, en el corazón de un desierto, sin industria, sin vida propia, no siendo nada por sí, sino por ser corte, es Madrid una colonia de empleados más que un pueblo de importancia.

¿En qué se convertirían sus espaciosas calles, sus soberbios palacios, el día en que la corte se trasladara a Lisboa o Sevilla? Sería menos que Toledo: triste montón de ruinas sin el grandor

de los recuerdos." (Tomo XXIX, página 344.)

Este juicio tan rotundo, que muy probablemente puede pareceros duro de no resultaros injusto, procede quizá de confundir el Madrid oficial—manifestado, desgraciadamente, no pocas veces por medio de las divisiones o luchas de los partidos, traducidas con frecuencia en revoluciones y otras violencias—con todo lo que era la capital de España; pero no hay que olvidar en correspondencia que Balmes cuando quiere influir realmente en la vida española, cuando pretende que su "Pensamiento de la Nación" lo sea en verdad de la nación entera, traslada su residencia a la capital, para regresar sólo cuando ya se considera vencido a su tierra natal. En Madrid tiene excelentes colaboradores, y de Madrid y de otras provincias ajenas a Cataluña proceden los defensores principales de sus ideas en el Parlamento o en la prensa (marqués de Viluma, duque de Veragua, Isla, Tejada, el gran escritor, menos recordado de lo que debía ser en justicia, José María Quadra, etc.).

El gran amor de nuestro biografiado a su tierra revélase de un modo evidente por su preocupación respecto a los intereses económicos de Cataluña, concretamente la industria textil, donde se iniciaba entonces una gran transformación con el maquinismo

Su recelo hacia Inglaterra obedece en parte a la oposición existente entre los intereses industriales de uno y otro país. Balmes era un perfecto proteccionista.

Por encontrarla de no escaso interés al par que amena, reproducimos una página de su diario, citada por su biógrafo Ríos Sarmiento:

"El otro día tuve el gusto de trabar relaciones con el primer almacenista de pelos de París, y él mismo me acompañó a enseñarme en la fábrica las máquinas de cortar el pelo. Este señor me vende una de las máquinas, y me la daría por 200 ó 240 duros; ya ves que es más cara de lo que tú pensabas. Calculo que trabajando en la máquina dos hombres te cortarían unos 600 conejos cada día. Me quedé en mi poder un puñado de retazos de lo que da la piel cuando se corta el pelo, pues la piel no queda entera, como nosotros pensábamos, sino que el cuero queda desmenuzado, dando un retazo tan fino que es lo mismo, mismísimo, que cuerdas delgadísimas de guitarras."

Cuando volvió a España trajo un papelito que contenía muestras de hules y charoles de todas clases con los precios al dorso.

"Bien claro se ve en tales escritos que Balmes no era un puro intelectual—añade Ríos Sarmiento—que ejecutaba a desgana un encargo por amor de su hermano, sino que estaba enterado de todo y que todo le interesaba. No eran encargos, no; "la piel no queda entera, como nosotros pensábamos".

La lengua catalana

Un argumento de gran importancia para demostrar cómo Balmes hacía compatibles perfectamente el amor a su Patria-nación y a su Patria-región nos lo da el uso distinto que daba al empleo de la lengua castellana y al de la de Cataluña. En ésta—dicen sus biógrafos—, que era la familiar, rezaba siempre sus oraciones y redactó los tres testamentos que hizo en su vida. Sin embargo, no hay de él otras obras en catalán que dos poesías cortas y un opúsculo de catequesis popular. Por cierto que una de esas poesías contiene

afectos de gran cariño para su lengua familiar.

Toda su enorme producción literaria, filosófica, política, etc., está escrita en el idioma de Cervantes, sin que se encuentre ni siquiera en sus grandes alabanzas a Cataluña frase alguna en que pida para los catalanes el reconocimiento público del uso al derecho de su lengua regional. Dato interesante en apoyo de cuanto decimos es el de que Balmes quiso perfeccionarse en castellano tanto que estudió para ello profundamente a los autores clásicos.

Terminaremos este punto diciendo que algunos pensadores de lo que podríamos llamar **catalanismo de la derecha** al querer encuadrar a Balmes dentro de su doctrina, han mixtificado sus textos o supuesto en ellos intenciones que nunca tuvieron. Ateniéndose a la verdad de los mismos, a pesar suyo sin duda, un religioso de esa tendencia ya fallecido pedía que sus obras no fueran como una Biblia protestante para Cataluña; es decir, sin las notas y aclaraciones necesarias.

Relaciones internacionales

Antes de exponer siquiera sintéticamente el pensamiento de Balmes sobre las relaciones internacionales de España haremos un breve resumen de sus viajes al extranjero, siguiendo a nuestro compañero Ernesto Laorden, cuyo "Jaime Balmes, político" ha sido un buen mentor en distintas partes de nuestro trabajo, de muchas menos aspiraciones que el suyo meritísimo.

Viajes de Balmes al extranjero

Tres fueron las salidas de Balmes al extranjero: en los años de 1842, 1845 y 1847. La vez primera estuvo en París y Londres con motivo de las traducciones de "El Protestantismo". Trató en París con gran número de desterrados moderados o carlistas, que estaban allí con doña María Cristina de Borbón o con don Carlos María Isidro, respectivamente. Puede ser que conociera entonces, lo mismo que a Martínez de la Rosa, a Donoso Cortés, pero en ninguno de los biógrafos de uno o de otro de estos grandes apologistas hemos hallado pruebas fehacientes de que ni entonces ni después establecieron contacto entre sí. Sí mantuvo relación amistosa con los principales católicos franceses: Chautebriand, a quien tanto admiraba; monseñor Dupanloup, el jesuita padre Ravignan, el restaurador de la Orden de Predicadores padre Lacordaire, gran conferenciante, como el anterior, de Notre Dame; Ozanam, fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl, etcétera. Faltóle en la lista el vizconde de Montalambert; mágico cantor de la Edad Media y político relevante de la época, ausente a la sazón de la capital francesa. En cambio pudo y no quiso tratar a Guizot, ministro de Luis Felipe, con quien contendía en las páginas de "El Protestantismo".

De su estancia en Londres nos queda el recuerdo de su trato con don Joaquín María de Mora, que había de sucederle en su sillón de la Real Academia Española. También interesantísimas impresiones, que luego explicó en artículos periodísticos, sintetizadas en las páginas de su diario, que reproducimos seguidamente, tomadas de "Jaime Balmes, presbítero", la ya citada obra de Juan Ríos Sarmiento, cuya utilidad para nuestro estudio creemos de justicia resaltar:

"Día 2 de julio, sábado: Desprats, Wiseman. El relojero, Gayangos. Conde. Libros de El Escorial. Biblias. Vida de Carranza. Delmar. El jesuita. El palmeto. Los juglares. El canto. Hyde-Park. La casa de Wellington. La estatua levantada por las mujeres. Los caballeros del parque Mora. Hammersmiths. Cuarenta mil católicos. Conjunto de monjas du Bon Pasteur. Mujeres arrepentidas protestantes. Idem. Colegio de enseñanza. Preguntas en el Parlamento a los ministros de O'Connell. Progresos del catolicismo. Chile. Perú. Valparaíso. Buenos Aires. Estado floreciente. Carácter de las revoluciones del país. El comercio no sufre lo que parece. Méjico diferente. Interior de América desconocido. Riqueza extraordinaria. Falta de comunicación. Ríos navegables. Qué hará el vapor. Suavidad del clima. Causas de las disenterias: excesos en las comidas de las frutas. Novelistas ingleses. La abadesa. La monja. Moralidad: comparación de los franceses a los ingleses. Sumisión a la ley. Sacerdotes católicos: pobres. Omnibus. Tiendas colosales. Cristales. El cielo raso. El pobre tocando la flauta con dos niñas de muy corta edad. El pobre con una niña de muy corta edad cantando."

"Día 16, sábado: Tunnel. El paso del río. Las casas de los embajadores. La conversación. División de las clases. Castas. Cadenas de opresión. Aislamiento. Tenderos. Política de la aristocracia. Sus costumbres. Pueblo bajo. El paso por ciertas calles, preocupación en contra. La libertad es para el dinero. La protección es para el desprecio. Organización judicial. Protección al inocente. Coste excesivo de la justicia civil; equivale a una denegación. La apelación de la Cancillería a la Cámara de los Lores. Las dos clases de abogados: el que instruye el proceso y el orador. Complicación monstruosa de la legislación. Derecho escrito y precedentes. La organización administrativa por parroquias. En el Gobierno, los dos ministerios que tienen que hacer son el de Hacienda y de Negocios Extranjeros. La Iglesia protestante. Nulidad de su fe. Su enlace con la organización aristocrática. Qué sucedería si se aboliese el dinero y se quitasen las inmensas rentas que tiene. Cuestión de bolsa. Buenas costumbres del clero católico. Inglaterra. Escocia. Irlanda. Unitarios filósofos vergonzantes. El parque de St. James. Libros de El Escorial. Asuntos de familias particulares."

Su segundo viaje, preparado con tiempo, lo hizo para estudiar el movimiento filosófico, permaneciendo en Francia y Bélgica.

En nuestro país vecino realiza las gestiones encaminadas a preparar el matrimonio del conde de Montemolin con Isabel II, de que ya nos habló en su día Carlos Leguina. En Bélgica visita a los jesuitas españoles expatriados y es recibido con todos los honores por el Nuncio apostólico, monseñor Pecci, luego Pontífice con el inolvidable título de León XIII.

Su último viaje, que sólo duró un mes—los anteriores habían sido de cinco o seis meses—, lo inspiró su deseo de documentarse sobre la situación política de los Estados pontificios, adonde pensaba llegar desde París. No terminó su recorrido, pero ya había adquirido para entonces en él forma lo que había de ser su "Pío IX".

Francia

Gobernaba en Francia Luis Felipe, duque de Orleáns en 1830, cuando la revolución de julio, típicamente parisina,

derribó a Carlos X, el último Borbón monarca de Francia. "El rey burgués" fué prototipo desde su trono de la lamentable máxima pseudoconstitucional de "el rey reina, pero no gobierna". Thiers, Guizot, Molé y algún otro se sucedían como presidentes del Consejo de ministros, sin que hubiesen entre ellos verdaderas diferencias de fondo ideológico. La prosperidad material ocultaba la inconsistencia política de un régimen atacado por legitimistas, bonapartistas y republicanos, que tenía demasiado divididos entre sí a sus defensores, permitiendo hacer creer a seres de visión poco profunda—entre los que, naturalmente, no se hallaba Balmes—en la firmeza de la dinastía. La intervención de Luis Felipe y de Guizot en las "bodas reales" de España, que alcanzó un éxito considerable, frustrando la solución que nuestro biografiado deseaba para ese paso tan trascendental de la política española—solución que hubiese sido a la vez, a su juicio, la del abismo abierto entre liberales y tradicionalistas, partidarios de Isabel II y del conde de Montemolin, respectivamente—, contribuyó a formar en Balmes un duro juicio, no por eso injusto, respecto a la monarquía de julio, cuya estrepitosa caída, más lamentable aún en su proyección externa que la de aquel otro régimen que la precedió, pudo contemplar en los últimos tiempos de su vida.

Es de interés hacer constar que así como los progresistas se inspiraban en Inglaterra, los moderados tenían su oráculo en Francia, concretamente en Guizot, a quien Menéndez y Pelayo llama "un seco y honrado hugonote, gran historiador de las instituciones todavía más que de los hombres y muy mediano filósofo de la Historia, porque su rígido y abstracto dogmatismo le hacía perder de vista muchos de los hilos con que se teje la rica urdimbre de la vida".

Acudamos una vez más a las fuentes.

"¿Qué ventajas puede acarrear a la íntima alianza con una nación que en tal estado de descomposición se encuentre? ¿Qué fruto debemos prometernos de la desaparición de los Pirineos?"

Es evidente que el único resultado probable fuera el de contraer compromisos, que podemos evitar muy bien, y el de introducirnos más y más la manía de gobernarnos a la francesa. Ambos extremos nos serían sumamente dañinos, afectando el uno nuestras relaciones internacionales y atacando el otro la organización social y política.

Al consultar las lecciones de la experiencia y de la historia nos asombramos de que haya españoles que se llamen hombres políticos capaces de fomentar la influencia francesa en España. No participamos nosotros de esas antipatías ciegas, que producen el odio entre las naciones; creemos que en Francia, como en todas partes, hay mucho bueno y mucho malo; que hay hombres de sentimientos generosos, que se duelen de los males que sus Gobiernos nos han causado; una cosa no la tenemos por detestable por ser sólo francesa, y no queremos vengarnos con el odio a una nación de los daños que sus Gobiernos han hecho a nuestra Patria. Pero tampoco podemos desconocer que las cosas se han ido combinando de tal suerte que la influencia francesa ha sido casi siempre una calamidad para España." (XXXII, pág. 17.)

"La anarquía intelectual y moral de aquel país (Francia), comunicándose de lleno acabará de disolver y adulterar los buenos elementos que nos restan para nuestra regeneración. Se quitarían

los Pirineos, y nosotros deseamos que los haya" (XXIV, pág. 139.)

"Hay Pirineos todavía, y a decir verdad no nos importa que los haya: lo que sentimos es que no sean más altos." (XXIX, pág. 343.)

"Si la intimidad de dichas relaciones estribase en la semejanza de conducta de ambos Gobiernos, la consideraríamos tan dañosa como el principio en que se fundaría, que para nuestra Patria no deseamos un Gobierno de miedo que ni se atreva a defender las grandes tradiciones nacionales; que se limite a un reducido número de ambiciosos, cuyas hazañas consistan en derribar a sus rivales por medio de intrigas y cuyos grandes pensamientos de Estado consistan en combinar una mayoría a fuerza de brindar con los atractivos de que nunca están faltos los que disponen de todos los recursos de una gran nación; que halague por una parte a la religión de la mayoría de los gobernados y sostenga de otra a los encarnizados enemigos de la misma; que se apellide conservador porque conserve lo que hay, formando gran porción de estas existencias los empleos, los honores, las condecoraciones y sobre todo los pingües sueldos de unos cuantos hombres que se juegan la nación a los dados, por valernos de la enérgica expresión rabeau." (Tomo II, pág. 272.)

Ahora tres citas sobre Luis Felipe:

"¿Por qué se pondera tanto su talento? Porque ha sostenido el orden. ¡Desgraciado pueblo, que para sostener el orden necesita un hombre extraordinario!"

"Reflexionando sobre la línea de conducta seguida por Luis Felipe, notaremos que todo el secreto se reduce a lo que vulgarmente hablando se llama "tira y afloja". Hay alrededor del trono dos docenas de hombres de principios más o menos parecidos, pero que divergen un tanto en la aplicación, como deben diverger por necesidad, no cabiendo todos juntos en el ministerio."

"Me considero—decía Luis Felipe—como el conductor de un carruaje: tomo los caballos que encuentro y no los que quiero." El infortunado no preveía que no siendo más que conductor, los señores que iban en el coche podían echarle a él y a sus caballos. Y, en efecto, así ha sucedido: la revolución de febrero ha sido la peor de las revoluciones, la revolución "du mépris", la revolución del desprecio, como se han dicho los parisienses y como ya se decía antes. (Tomo XXXIII, págs. 401 y 405.)

España e Inglaterra

Al referirnos a Francia ya hemos hecho alguna indicación de las relaciones íntimas que, en prueba de admiración y seguimiento, los progresistas españoles mantenían con Inglaterra; de allí vino Mendizábal, el desamortizador; allá tuvo que refugiarse Espartero, el ex regente; etc.

En las citas balmesianas que luego escucharemos se mencionan los nombres de algunos relevantes políticos ingleses de aquella época, cuya influencia en las "bodas reales" impidiendo la solución nacional que preconizaba el gran vicenese, podemos calificar de decisiva. En Madrid, el embajador Bullver Lytton perturbaba sensiblemente la vida nacional apoyando a los progresistas en contra de Narváez, hasta que éste, en 1848, con un gesto enérgico—que aplaudió toda la opinión sensata española y que produjo gran efecto en Europa, que no creía hubiese en España gobernantes capaces de tenerlo—, devolvióle

las cartas credenciales, reexpidiéndole a Londres.

Oigamos ya a Balmes de nuevo mediante dos extensas al par que interesantísimas citas, incorporadas también a su "Breviario" por Cortés Grau:

"Hay en Europa una nación temible por su inmenso poderío, respetable por su mucho adelantamiento en las ciencias y artes, y que teniendo a la mano grandes medios de acción por todo el ámbito de la tierra, sabe desplegarlos con una sagacidad y asfucia realmente admirables. Habiendo sido la primera de las naciones modernas en recorrer todas las fases de una revolución religiosa y política, y que en medio de terribles trastornos contemplara las pasiones en toda su desnudez y el crimen en todas sus formas, se aventaja a las otras en el conocimiento de toda clase de resortes, al paso que fastidiada de vanos hombres, con que en esas épocas suelen encubrirse las pasiones más viles y los intereses más mezquinos, tiene sobrado embotada su sensibilidad para que puedan fácilmente excitarse en su seno las tormentas que a otros países los inundan de sangre y de lágrimas. No se altera su paz interior en medio de la agitación y del acaloramiento de las discusiones, y aunque no deje de columbrar en un porvenir más o menos lejano las espinosas situaciones que podrían acarrearle gravísimos apuros, disfruta entretanto de aquella calma que le aseguran su constitución, sus hábitos, sus riquezas y, sobre todo, el océano que la ciñe. Colocada en condición tan ventajosa, acecha la marcha de otros pueblos para unirlos a su carro con doradas cadenas si tienen candor bastante para escuchar sus halagüeñas palabras, o al menos procura embarazar su marcha y atajar sus progresos en caso en que con noble independencia traten de emanciparse de su influjo. Atenta siempre a engrandecerse por medio de las artes y comercio, con una política mercantil en grado eminente, cubre, no obstante, la materialidad de los intereses con todo linaje de velos, y si bien cuando se trata de los demás pueblos es indiferente del todo a la religión e ideas políticas, sin embargo se vale diestramente de tan poderosas armas para procurarse amigos, desbaratar a sus adversarios y envolverlos a todos en la red mercantil que tiene de continuo tendida sobre los cuatro ángulos de la tierra.

No es posible que escape a su sagacidad lo mucho que tendría adelantado para contar a España en el número de sus colonias si pudiese lograr que fraternizase con ella en ideas religiosas, no tanto por la buena correspondencia que semejante fraternidad promovería entre ambos pueblos como porque sería este el medio más seguro para que el español perdiese del todo ese carácter singular, esa fisonomía austera que le distingue de todos los otros pueblos, olvidando la única idea nacional y regeneradora que ha permanecido en pie en medio de tan espantosos trastornos, quedando así susceptible de toda clase de impresiones ajenas y dúctil y flexible en todos los sentidos que pudiera convenir a las interesadas miras de los solapados protectores." ("El Protestantismo", cap. XII.)

"La alianza con la Inglaterra está ya desacreditada hasta tal punto, y tiene en contra de sí tan fuerte antipatía en la inmensa mayoría de la nación, que no es necesario esforzar mucho el discurso para convencer y persuadir que,

a más de inútil, nos es en extremo perjudicial y peligrosa...

Examinando la respectiva posición de las dos naciones, échase de ver que no existe ningún vínculo que pueda mantenerlas unidas y que todo cuanto en esta materia se intentase ha de ser por necesidad ficticio, y, por consiguiente, poco duradero. Porque conviene no perder de vista que la solidez y la estabilidad de las alianzas no dependen de la voluntad de los Gobiernos aliados; entran para mucho los pueblos, y no es posible desentenderse de ellos si se ha de conseguir algo que ofrezca garantías de buenos resultados.

Aplicando este principio a la alianza de la España con la Inglaterra, notaremos que no existe ninguna de las condiciones que en semejantes casos conducen a estrechar y fortificar los lazos que pudieran formar los Gobiernos...

Nunca, durante la situación actual de las dos naciones, podría ser la alianza de la España con la Inglaterra otra cosa que la sumisión del Gabinete de Madrid al Gabinete de Sant-James, que el sacrificio de nuestros intereses a los intereses de la Gran Bretaña. Las compensaciones reciprocas no serán otra cosa que velos más o menos transparentes para cubrir este sacrificio de nuestro bienestar y prosperidad a los intereses de la pretendida amiga.

La razón de lo que se acaba de decir no es difícil adivinar: existe una verdadera oposición de intereses entre las dos naciones; el progreso de los unos será por necesidad en menoscabo de los otros... La Inglaterra bajo el aspecto político y mercantil está en oposición con la España; el aumento y desarrollo de los verdaderos intereses de la una dañará por indeclinable necesidad los de la otra. Dejemos aparte por un momento los mercantiles, por no repetir lo que mil y mil veces se ha dicho ya, y miremos la cuestión desde un punto de vista de mayor extensión y altura, y en que no sea dable sospechar interesadas miras de provincialismo. ¿Conviénele a la Gran Bretaña que la nación española se levante de la prostración en que yace?... ¿No es cierto, ciertísimo, que no? Quien lo contrario pretenda, si quiere dar a su opinión tan sólo un débil viso de probabilidad, necesario es que borre del mapa de la Península el importantísimo punto de Gibraltar, en cuyas fortalezas ondea el pabellón británico; necesario es que haga desaparecer del mismo mapa el vecino reino de Portugal, casi reducido a una simple colonia de Inglaterra; menester le será probar que nada le importan a la Inglaterra tan preciosas joyas, o que sus hombres de Estado serán tan imbéciles que no prevean el peligro que las amenazaría desde que la España recobrase su antigua pujanza; menester le será probar que, aun dado caso de que no se hallara en la misma situación topográfica del país una razón poderosísima para formar de toda la Península una sola nación, no es al menos la influencia española la que por todos títulos debiera prevalecer en Portugal; menester le será probar que un reino que se sintiese con fuerzas bastantes para arrostrar grandes compromisos no excogitaría todos los medios, no tantearía mil y mil combinaciones, no emplearía cuantos recursos tuviese a la mano, no andaría a caza de favorables coyunturas para apoderarse nuevamente de Gibraltar, echando de la propia casa a ese centinela de vista.

Aun cuando no mediaran otras cau-

sas que engendraran oposiciones de intereses entre ingleses y españoles, las indicadas fueran por cierto poderosas en demasía para producirla fuerte, viva, intransigible. La Historia y la experiencia enseñan de consuno que motivos de muchísimo menos valer ocasionan inextinguibles rivalidades, acarreado a menudo guerras sangrientas... ¿Qué será, pues, tratándose de la influencia sobre un reino situado en posición ventajosísima para todas las operaciones políticas, militares y mercantiles que se intenten sobre el occidente de Europa, Mediterráneo y costas de Africa; de un reino que, entre los restos de su pasada grandeza, conserva todavía grupos de preciosas islas, muy bien situadas para servir de escala en el tránsito de Europa a América, al Africa y al Asia? ¿Qué será tratándose de un punto como Gibraltar, llave del Mediterráneo, punto de apoyo para operar sobre la Península, el Africa y el Atlántico? No; la astuta, la previsora Inglaterra no es tan torpe, tan ciega que no vea lo que es más claro que la luz del día, a saber: que desde el instante que la España volviese a su antiguo esplendor y poderío... comenzaría la rivalidad, siguiendo después las hostilidades hasta haber reconquistado lo que la Naturaleza misma le está indicando como de su pertenencia. Cuando lord Clarendon y sir Roberto Peel nos están halagando con sus sentidas protestas del deseo que abrigan de nuestra prosperidad, de nuestra dicha, de nuestra libertad e independencia, reflexionemos que los que hablan no son escritores entusiastas, no son poetas de quienes puedan suponerse que se mecen en doradas ilusiones, en sueños cándidos y puros, en galanas utopías por el bien de la Humanidad; reflexionemos que son hombres de Estado de la Gran Bretaña, encargados de la defensa y fomentos de los intereses de su país, colocados a manera de atalayas para acechar cuanto puede favorecerle o dañarle; reflexionemos que son hombres que consagran su vida entera a combinar, a negociar, a intrigar, a maniobrar en pro de la grandeza, de la prosperidad, de la influencia y poderío de su patria; fijemos entonces nuestras miradas sobre Portugal y Gibraltar, y de seguro que sin necesidad de otra consideración se disiparán en un momento las impresiones agradables que causarnos pudieran las más graves protestas, las más ardientes expresiones de buen afecto y desinteresada amistad.

... De la reseña que acabamos de presentar se deduce con toda evidencia que Inglaterra tiene en todas partes sus intereses en oposición con los nuestros; resulta que es un absurdo el suponerle sinceros deseos de nuestra prosperidad y que, por tanto, es preciso escuchar con la mayor desconfianza sus protestas de amistad afectuosa, no hacer ningún caso de sus ardientes votos por el fomento y desarrollo de nuestra riqueza, por el aumento de nuestro bienestar, por el restablecimiento de nuestra independencia y poderío. En todas las alianzas que con ella hagamos llevaremos por necesidad la peor parte.

Cuando sostenemos los daños que nos traería toda alianza con Inglaterra y los peligros que consigo lleva su amistad demasiado íntima, no es nuestro ánimo inducir a que se ponga España en desacuerdo con aquella nación, provocando su enemistad y su odio... Si la amistad de aquella gran nación no nos es provechosa, tampoco nos es favorable su enemistad." (Ob. cit., t. XXIV, páginas 224 y siguientes.)

Portugal

Como introducción a las palabras sobre Portugal que reproducimos seguidamente, luego recordaremos dos episodios que sitúan la actitud oficial de España frente a la monarquía portuguesa.

El 22 de abril de 1834 Martínez de la Rosa ajustó por medio del marqués de Miraflores, nuestro embajador en Londres, el tratado de la Cuádruple Alianza entre Inglaterra, Francia, España y Portugal para asentar en el trono a doña María de la Gloria, representante de las ideas liberales, expulsando previamente de allí por la fuerza de las armas a don Miguel I, rey legítimo, defensor de las ideas tradicionales, y a don Carlos, llamado V, en España, afín en pensamiento a aquél, refugiado en Portugal.

“Ante la imposición de la Cuádruple Alianza—dice Antonio Sardinha, citado por Jesús Pabón—, don Miguel capituló en Évora-Monte, en una tarde de mayo, debajo del inmenso cielo alentejano.”

Instaurada la monarquía liberal, que don Miguel nunca quiso reconocer, fueron frecuentes los desórdenes en el país hermano, y así, en 1847, España, de acuerdo con Inglaterra, intervenía en Portugal para poner fin a una ya larga insurrección que tenía su sede en Oporto. Lo consiguió el general don Manuel de la Concha, al mando de doce mil soldados, sin derramamiento de sangre, logrando como premio el marquesado del Duero con grandeza.

Balmes amaba mucho a Portugal, cuya separación de España encontraba antinatural geográficamente, pero entendía que en aquellos momentos la idea de la unión ibérica, iniciada por los progresistas, era irrealizable. Expresábase del siguiente modo:

“La unión de Portugal con España es por ahora y será por mucho tiempo una hermosa ilusión que halagará a los hombres que piensen en un porvenir de prosperidad y pujanza de la península Ibérica, pero que no podrá ocupar seriamente a un hombre de Estado que no se contente con medir la posibilidad y conveniencia en política por lo que de sí arroja la contemplación del mapa. No basta que la Naturaleza haya formado la Península de tal suerte que parezca necesariamente destinada a vivir bajo un mismo imperio; las lecciones de la Historia nos enseñan que los límites de las naciones no siempre se acomodan a las dimensiones topográficas. La expresión “fronteras naturales” es muy vaga, como casi todas las de este género: la notada anomalía no sólo se echa de ver en la península Ibérica: existe en toda Europa. Dejando aparte a otras naciones, ahí están Italia, Alemania, la misma Francia, presentándonos muy de bulto esta verdad.

Además, para que una nación pueda engrandecerse absorbiendo, por decirlo así, a otra, son necesarias circunstancias diferentes de las que se encuentra España. El orden interior y la fuerza y prestigio en lo exterior son condiciones indispensables, y nosotros no poseemos ninguna de ellas. Si fuera preciso hacer el ensayo agregando de repente Portugal a España, se vería el Gobierno tan embarazado con la nueva adquisición que bien pronto se arrepentiría de su fortuna. Cuando no se alcanza a satisfacer las necesidades más urgentes de las antiguas provincias, ¿qué sucedería con la nueva? Se exten-

dería el territorio, pero no se aumentarían los recursos. Serían más dilatadas nuestras costas, poseeríamos nuevas colonias; pero, por lo mismo, se haría sentir más la falta de una marina. Tendríamos nuevas capitales, lo que significa que serían en mayor número los pronunciamientos. Dejémoslos, pues, de vanas ilusiones, que, aun cuando no fueran imposibles, no harían más que añadir desorden a desorden y flaqueza a flaqueza. Si, como ha dicho un célebre publicista, la reunión de toda la Península bajo un mismo centro está en el porvenir, este porvenir no se halla cercano ni nos es dado aproximarle con impotentes esfuerzos.” (Tomo XXVIII, página 88.)

Suiza

Junto a lo que opinaba Balmes de dos grandes países, Francia e Inglaterra, y de nuestra hermana peninsular, Portugal, aportaremos una breve cita relacionada con Suiza, estado dentro del cual se había sublevado sin éxito inmediato, en busca de libertad religiosa, el cantón católico de Argovia.

Oigámosle:

“Ofrece Suiza un conjunto de Estados independientes cada uno y que obedecen juntos al Consejo general del país. Con tal que se medite un instante sobre la organización y mecanismo de un pueblo federativo se conocerá bien presto que la falta que se nota en él, falta sensible siempre, pero muy grave en tales constituciones, es la del Poder ejecutivo central. Así que para que no se rompa el orden de una confederación cualquiera se necesita mucha moralidad y tino, no bastando a veces ni aquella ni éste para que haya siempre concierto de voluntades y armonía de intereses que es menester a fin de que conserve la tranquilidad y la paz. El espectáculo que ofrecen este linaje de pueblos, como el feudal en la Edad Media, como lo es Alemania, como lo son los Estados Unidos de América del Norte, es el de un combate incesante de cada Gobierno particular contra el Gobierno común, es la acción y reacción continua entre las soberanías parciales y la soberanía general, rebelándose con frecuencia las primeras contra la última.” (XXIII, página 190.)

Países de Hispanoamérica

Dice Laorden que “el fervor balmesiano por el iberismo no existió de igual modo por las relaciones iberoamericanas”. Una sola vez habla de aquellos países recientemente desgajados del tronco común, España, y no queremos que ella falte en esta recopilación, demasiado breve, sin duda, en que ahora estamos ocupados de aportar sus juicios más interesantes en el aspecto internacional.

Mas antes diremos que el sentimiento de solidaridad hispanoamericano no existía aún. La separación era reciente y había acontecido en medio de la indiferencia casi general de los españoles, según ha expuesto en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, leído en 1944, Melchor Fernández Almagro.

Cedemos otra vez la palabra al eximio vicense:

“Si la sociedad de los Estados Unidos, más que colonia, era desde el principio un Estado independiente y emancipado, si esto no puede decirse de ninguna manera de las colonias españolas, si éstas no estaban acostumbradas a gobernarse por sí mismas, sino que recibían toda la dirección de la metró-

poli, ¿qué extraño que habiéndolas puesto de repente en el goce de la más amplia libertad política, sin preparación ninguna ni en las ideas, ni en los hábitos, ni en las costumbres, “hayan caído en la más profunda anarquía, hayan sido víctimas de la más completa desorganización?” Y aun afirmaba más encendidamente: “La revolución de los Estados Unidos fué un movimiento nacional, fué la explosión de un sentimiento de independencia y libertad, y cuando el pueblo emancipado trató de constituirse lo hizo no por el prurito de vanas teorías, sino satisfaciendo una imperiosa necesidad. Pero ninguna de estas circunstancias concurren en la emancipación de nuestras colonias americanas; recuérdese la época de su insurrección contra el Gobierno español, y esto será bastante para que se eche de ver que, lejos de ser un movimiento verdaderamente nacional, debió de ser el resultado de sugerencias facciosas, atizadas por los Gabinetes celosos de nuestro grandor y riqueza, interesados en crearnos nuevas complicaciones y en preparar nuestra ruina.” (Tomo XXIII, página 249 y siguientes.)

Estados Pontificios

Aun a trueque de seguir alargando desmesuradamente nuestro trabajo y de repetir quizá parte de lo dicho por Carlos Leguina a tal respecto, no nos resistimos a dejar de hacer alguna referencia de lo que Balmes en su célebrimo “Pío IX”—tan injustamente recibido por gran parte de los católicos españoles—escribió acerca del gobierno temporal de los Estados pontificios, tal como lo inició aquel supremo jerarca de la Iglesia.

Sus palabras entrañan una lección de sabia filosofía política.

Oigámosle:

“¡Ay de los Gobiernos que se duerman! ¡Ay de los pueblos que ellos gobiernen! ¡Ay de las instituciones cuyos custodios no vigilen para ir las acomodando a las necesidades de la época! El mundo marcha; quien se quiera parar será apiastado, y el mundo continuará marchando. La religión y la moral son eternas; ellas no perecerán: cuando los hombres crean haber pulverizado los cimientos del magnífico edificio verán que el edificio no se desploma, porque está pendiente del cielo; la corriente de los siglos arrebatará lo terreno, pero lo celeste durará. Mas entre tanto, ¿quién es capaz de abarcar las oscilaciones, los trastornos que cambiarán la faz del mundo? ¿Quién no prevé las oleadas en que tendrá que flotar aquella navicilla que no puede perecer? ¡Ah! Cuando la Historia nos muestra las revoluciones de ideas, de costumbres, de instituciones que nos han precedido; cuando la experiencia de todos los días nos hace palpar el cambio profundo que en todas partes se está realizando, la mente se abruma y anodada al pensar en los inmensos acontecimientos que se amontonan en el porvenir, y entonces, lejos, sí, lejos de extrañar, de ver con disgusto que un Papa, para prevenir mayores riesgos, arrostre otros menores, se admira uno de la sabiduría misteriosa que asiste siempre a la Santa Sede, y que se manifiesta soberanamente en los momentos más críticos y terribles; entonces, lejos de experimentar despego por el santo Pontífice que ocupa la cátedra de San Pedro, se levanta el corazón al cielo para implorar sobre Pío IX luz y fortaleza. (Tomo X, págs. 291 y 292.)

¿Cuál es la empresa de Pío IX? Con-

ceder a la época lo justo y lo conveniente, negándole lo injusto y dañoso; mejorar la condición de los pueblos sin precipitarlos en la anarquía; prevenir la revolución por medio de la reforma, quitándole a la impiedad motivos, ya que no es dable impedir que tome pretextos; privar de fuerza sus declamaciones, haciéndolas huecas por la absoluta falta de razón; cimentar un orden político y administrativo que se sostenga por sí propio, sin necesidad de bayonetas extranjeras; desarrollar en los Estados pontificios un espíritu público que los prepare para atravesar sin trastorno las profundas vicisitudes que ha de sufrir Europa; hacer posible la duración de la soberanía temporal de la Santa Sede, no obstante la transformación de las ideas y costumbres de los pueblos."

"La religión no necesita oprimir ni trastornar; lo que ella hace es ordenar y aliviar; quiere que los pueblos obedezcan, pero les procura un yugo suave y una carga leve."

"Si el Pontífice creyera que en consideración a los acontecimientos pasados y en obsequio de la tranquilidad de España conviene que cesen de una vez para siempre las reclamaciones contra el despojo—inmenso latrocinio que luego llamará Menéndez y Pelayo—y que ha llegado el caso de escudar con su autoridad a los actuales poseedores, el clero callará, dando un ejemplo de desinterés a los que, poseyendo los bienes que él poseía, le llaman codicioso."

A pesar de esas injusticias, de esa violación de todos los derechos, de este daño irrogado a la nación, de ese escándalo, si el Sumo Pontífice cree que ha llegado el caso de ceder..., el clero y todos los católicos debemos acatar profundamente esta resolución...

Así lo hemos pensado siempre; así lo pensamos ahora: si es verdad que para Roma está concluida la causa, para nosotros lo está también." (T. XXVIII, páginas 145 y 237.)

"La teoría de la resistencia absoluta se halla en contradicción con los hechos. Sistemas de libertad en América y en Europa. Es preciso no contar demasiado con los medios represivos. Los más adheridos a los sistemas de la sociedad antigua hablan ahora un lenguaje distinto de sus predecesores. Es muy poderosa la corriente del espíritu moderno." (De Pío IX.)

"Por el espíritu de libertad que invade el mundo no ha de perecer la religión. En la Historia, las formas absolutas ocupan unas páginas; la religión llena todos los siglos. No han de atribuirse a las formas representativas todos los males de la religión. La acción de un Gobierno no depende de su forma, sino de su espíritu. En las formas políticas no hay nada que sea esencial a la religión. El emprender reformas es una empresa peligrosa, pero noble." (De Pío IX.)

"El protestantismo torció el curso de la civilización europea. La impiedad y el regalismo han sido sus efectos. La Revolución francesa fué su último fruto. Las esperanzas que se fundaron en la Santa Alianza terminaron en desengaño. La revolución de 1830 acabó de disiparlas. Gregorio XVI resiste con firmeza las exigencias de la revolución. Pío IX aparece como un reformador. Sólo puede salvar al mundo el enlace entre el espíritu de progreso y la religión. Esto intenta Pío IX. El genio del mal le aplaude para alarmar a los fieles. Los prelados descubren el amaño. Confiamos en las obras de Pío IX." (De Pío IX.)

Neutralidad. Marina

Ahora, como colofón de todas las citas referentes a las relaciones internacionales, dos que reputamos de enorme interés.

La primera pidiendo que España sea neutral, y como la neutralidad es patrimonio de los países fuertes, hemos de hacer todo lo posible para volver a serlo. La segunda, propugnando una marina poderosa. España, país con extensísimas costas, que cuenta entre sus provincias dos archipiélagos, conservaba entonces, aun habiendo perdido un continente, vastos territorios insulares en las Antillas y en Oriente.

"Nuestra posición peninsular en el confin de Europa nos favorece sobremedida para seguir esa política neutral de que tanto necesitamos; guardémonos de desaprovechar esa ventaja; guardémonos de comprometernos en ninguna alianza, ni siquiera amistad demasiado íntima que nos prive de nuestra independencia. Recordemos que así en lo interior como en lo exterior, todo esta en España por hacer." (Tomo XXV, página 101.)

"Si algún día ha de aspirar España a reconquistar el lugar perdido entre las potencias de primer orden, su posición peninsular y la muralla del Pirineo están diciendo que su fuerza principal no ha de ser terrestre, sino marítima; los recuerdos que se han de evocar no son los de Pavia y San Quintín, sino los de Lepanto." (Tomo XXVIII, página 177.)

Palabras finales

Hora es ya de que termine de distraer vuestra atención poniendo fin a mi trabajo. Mas lo hago, creedme, con pena, con nostalgia de separarme de una figura tan excelsa, que de haber sido escuchada hubiese variado, sin duda, el rumbo político de nuestra Patria. Ya que así no fué por desgracia, aprendamos a través del siglo que de él nos separa las lecciones perennes que su magisterio político sigue dándonos y, a modo de broche de oro que cierre el estudio que de Balmes ha hecho este Circulo de Estudios, coloquemos algunas de las palabras, magistrales como suyas, que el maestro por antonomasia don Marcelino Menéndez y Pelayo, dedicó conjuntamente al autor de "El criterio" y a esa otra gran figura que luego de él desfilará ante vosotros: Donoso Cortés:

"Obra santa y bendecida por Dios fué, ciertamente, la de uno y otro. El, en su infinita misericordia, los suscitó en el instante de la tremenda crisis, en la aurora de la revolución, y la semilla que ellos esparcieron no toda cayó en terreno estéril e infecundo, ni entre piedras, ni a la orilla del camino. Ellos dieron el pan de vida a una generación próxima a caer en la barbarie. Puesta en Dios la esperanza, no escribieron para el día de hoy; fiaron poco de las personas y sistemas: todo lo esperaron de la regeneración moral del espíritu cristiano en la vida... Si pasaron por la escena política, fué como peregrinos de otra república más alta. En lo secundario podían diferir; en lo esencial tenían que encontrarse siempre, porque la misma fe les iluminaba y la misma caridad les encendía." ("Heterodoxos", tomo VII, págs. 417-18.)

IMP. LA EDITORIAL CATOLICA
 Alfonso XI, 4. — Teléf. 21090
MADRID

Juan Antonio Cremades, secretario del Centro de Zaragoza

Juan Antonio Cremades Royo, nuevo secretario del Centro de Zaragoza, es persona bien conocida en el campo católico.

Estudió el Bachillerato en el colegio de "El Salvador", de la Compañía de Jesús, en Zaragoza. Hizo brillantemente la carrera de Derecho en la Facultad de dicha capital, y más tarde, por el prestigio adquirido, fué nombrado profesor auxiliar de la misma, siéndolo hoy honorario.



En la Academia de Derecho Internacional de La Haya amplió estudios, pensionado por la Universidad de Zaragoza.

Cuando los católicos fueron llamados a la política en 1931 fué de los que con más intensidad se dedicaron a ella, siendo diputado a Cortes a los veinticuatro años, y correspondiéndole por su juventud la Secretaría de la mesa de edad. A la salida de un mitin de propaganda fué herido de una puñalada, alcanzando la gloria de ser uno de los primeros que vertieron su sangre por la Patria.

Al comenzar el glorioso Movimiento Nacional, y consecuentemente con su actuación durante los años de la República, se alistó como soldado de una unidad de Infantería, y en esa calidad recorrió diversos frentes de combate, habiendo intervenido en duras acciones.

En enero de 1939 fué nombrado gobernador civil de Lérida. En este cargo, alcanzado a los veintiocho años, permaneció cuatro años y tres meses, dejando en la provincia catalana un imborrable recuerdo por su justa y acertada gestión.

Actualmente es abogado en ejercicio y secretario de la Cámara de la Propiedad Urbana de Zaragoza por oposición, habiendo destacado últimamente por su labor en la organización del cursillo sobre "El pensamiento pontificio", que bajo los auspicios del Colegio de Abogados, se celebró en la Audiencia Territorial de la primera capital aragonesa. Es también vocal del Consejo Diocesano de los Hombres de Acción Católica y Propagandista del mismo.

En la Asociación ingresó en 10 de junio de 1930, pasó a aspirante en 1931 y tomó la insignia en la imposición de Zaragoza, de 30 de junio de 1940, año del centenario de la venida de la Santísima Virgen del Pilar.